

## NOTAS SOBRE BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO Y LA *HISTORIA VERDADERA*

Óscar Fernando López Meraz\*

### Resumen

El texto expone la historicidad de Bernal Díaz del Castillo y su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Aborda varios de los acercamientos historiográficos producidos al respecto, y luego destaca algunos de los elementos que permitieron la escritura del soldado y cronista: vista, experiencia, verdad, historia, relación autor-colectivo, cuando el “Nuevo Mundo” abrió el espacio epistemológico desarrollado durante la Edad Media, planteando el gran desafío de dar forma a experiencias extremadamente novedosas; un desafío que, para este caso, también se ve determinado por los intereses de quien escribe la *Historia* y da a conocer buena parte de la vida política novohispana durante las primeras décadas de dominio español.

### Palabras clave

Historia verdadera, Historiografía, Experiencia, Autor colectivo

### BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, SUJETO HISTORIASBLE

Construir la biografía de Bernal Díaz del Castillo no ha sido tarea fácil para los historiadores. Ramón Iglesia (1986: 147) considera que de no ser por la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, apenas y tendríamos noticia de su participación en la Conquista, mientras que Alfonso Mendiola (1995: 146) opina que las interrogantes sobre el cronista están delimitadas por su mismo texto. Afortunadamente, existe un conjunto de fuentes que permite ubicar sus acciones en el Nuevo Mundo, haciendo de éste un personaje historiable.<sup>1</sup>

En la *Historia*, Bernal afirma haber nacido en Medina del Campo y ser hijo del regidor de dicha ciudad, Francisco Díaz del Castillo y de María Rejón. Al igual que su

---

\* Maestro en Historia por la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Estudiante del Doctorado en Historia y Estudios Regionales del Instituto de Investigaciones Histórico-Sociales de la Universidad Veracruzana.

<sup>1</sup> Aquí se recupera información ofrecida en Díez-Canedo (2012), Sáenz de Santa María (1992) y José Antonio Barbón Rodríguez (2005).

familia, el cronista expresa su fidelidad al rey. Su viaje por suelo americano inicia en 1514, cuando acompaña a Pedro Arias de Ávila, recién nombrado gobernador de “Tierra Firme”. Travesía, cabe decir, fundamental para la historiografía de América y su conquista, por encontrarse entre los pasajeros Gonzalo Fernández de Oviedo, Francisco de Xerez y Bernardino Vázquez de Tapia. Rencillas y falta de oportunidades llevaron a Bernal hasta la Cuba de Diego Velázquez.

Incumplida la promesa del gobernador de la Isla, de darle indios, en febrero de 1517 participa, con Francisco Hernández de Córdoba, en el viaje que los llevará a Yucatán. Las incoherencias de la *Historia* y la ausencia de testimonios precisos impiden asegurar su presencia en el viaje de Juan de Grijalva (Wagner, 1942; León-Portilla, 1984; Grunberg, 2013), quien explora el río Coatzacoalcos y la región de Pánuco. En 1519, Bernal se embarca en la expedición —armada— que dirige Hernán Cortés a las tierras del México Antiguo. Testimonio de su participación en el ejército cortesiano es la carta colectiva enviada al rey de España, a mediados de 1519.

Bernal se decepciona por la parte del botín que le toca, una vez tomada la capital mexicana. A partir de ello, inicia un camino de difícil andar. Acompaña a Gonzalo de Sandoval a la conquista de Tuxtepec; después se traslada a Coatzacoalcos, donde vivían los “conquistadores más antiguos de México, y todos los más hijosdalgo que se habían hallado en las conquistas pasadas de México” (Díaz del Castillo, B. /Ramírez, 1992: 393). Entre 1523 y 1524, participa, por órdenes de Cortés, en tres expediciones. En las dos primeras, se somete, bajo el mando de Luis Marín y Rodrigo Rangel respectivamente, a los indios de Chiapa y a los zapotecas; y en la otra —la “expedición de las Hibueras”— busca al sublevado Cristóbal de Olid. Parte de estas acciones le son recompensadas cuando lo nombran regidor y recibe en encomienda algunos pueblos de la zona, pero la fortuna no le acompañará por mucho tiempo.

Pocos años después, se le niegan a nuestro conquistador sus demandas de indios de México y es despojado, por Baltasar de Osorio y Diego de Mazariegos, de sus encomiendas de Micapa, Tlapa y Chamula, con el fin de incorporarlas a las recién fundadas villas de Ciudad Real y Tabasco. Tampoco es favorecido por Nuño de Guzmán, presidente de la Primera Audiencia y facultado para llevar a cabo el reparto entre los conquistadores, debido al clima de animadversión que reinaba en México y las rencillas entre los partidarios de Cortés y Diego de Velázquez.

A pesar de no tener éxito en sus demandas, Bernal dice haber sido el “regidor más antiguo y hombre de confianza y que por esto le entregaron el hierro” (*ms. Guatemala*, CCXIII). También fue comisionado, junto con Benito López, como visitador general de

las provincias de Coatzacoalcos y Tabasco por la Real Audiencia, a cuyo presidente envió informes. Bernal tendrá que esperar hasta la cuarta década del siglo para que, por medio de una carta de recomendación de Cortés y otra del virrey Antonio de Mendoza —además de sus “probanzas”—, consiga cédulas que le faciliten obtener en encomienda los pueblos de Zacatepec, Joanagacapa [Juanagazapa, en Guatemala] (Díaz del Castillo/Barbón, 2005) y el Mistén, aunque fueran, según el cronista, de “poco provecho”. A partir de 1542, Bernal se estableció definitivamente en Guatemala, ciudad en la que vivió cuarenta y tres años, y de la que llegó a ser regidor, ejecutor y alférez real.

En Santiago de Guatemala, el conquistador no permanece quieto y produce documentos varios. Escribe cartas a Carlos V (1552), a Bartolomé de las Casas (1553) y a Felipe II (1554 y 1567). Lo hace con tres objetivos básicos: denunciar lo que para él son malos funcionarios, presentarse como un buen encomendero y solicitar al religioso que intervenga ante el Consejo de Indias para que le den en perpetuidad su cargo de regidor y fiel ejecutor. De su vida personal también hay documentos, como el acuse de recibo de la dote matrimonial de su esposa Teresa, firmado por Bernal en 1544.

En 1550, Bernal viajó por segunda vez a España (diez años antes había acompañado a Cortés para demandar sus pueblos ante el Real Consejo de Indias). Asistió a la junta de Valladolid, donde se discutía el tema de las encomiendas, y coincidió con fray Bartolomé de las Casas, Vasco de Quiroga y otros. La decisión no le favoreció por la aplicación de las *Nuevas Leyes*, de modo que regresó a Guatemala para dedicarse a escribir, entre 1550 y 1551, la que sería su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, misma que terminó de pasar en limpio en 1568 y envió a España en 1575.

Además de las noticias ofrecidas en el archivo de Guatemala, en su obra y correspondencia, algunos contemporáneos suyos afirman haberle conocido y tratado. En su *Monarquía Indiana*, Fray Juan de Torquemada afirma “yo vi y conocí en la Ciudad de Guatemala el dicho Bernal Díaz ya en su última vejez y era hombre de todo crédito” (libro IV, cap. II: 6). A su paso por Guatemala (1533), como oidor de la Audiencia de los Confines, Alonso de Zorita escribió: “Bernal Díaz del Castillo, vecino de Guatemala, donde tiene un buen repartimiento, y fue conquistador en aquella tierra y en Nueva España y en Guacacynalco, me dijo estando yo por oidor en la Real Audiencia de los Confines, que reside en Santiago de Guatemala” (Mendiola, 1995: 117-118).

## BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, NOTAS SOBRE SU REPRESENTACIÓN HISTORIOGRÁFICA

La manera en que ha sido valorado Bernal Díaz del Castillo, como autor y fuente, ha sido variada y se remonta a los tiempos virreinales, pero antes de referirlas es importante saber cómo se concibió él mismo. En el relato bernaldiano, además de destacar la omnipresencia del autor (se encuentra siempre al lado de Cortés, como su sombra), se presentan dos facetas del conquistador: como soldado y como cronista. En el primer caso, no sólo se precia de haber tenido “reputación de buen soldado” (CCVII), sino que se considera “persona de calidad” (I), “de noble condición” (XCVII) y parte de la “flor de los caballeros” bajo el mando de Cortés. Además, admite con falsa modestia “no ser latino” y sí, en cambio, “idiota y sin letras”; estaba convencido de que el testimonio directo era superior al buen estilo, y rechazaba las historias escritas “de oídas”, como lo hacía Gómara. Afirma haberse hallado “en muchas más batallas y reencuentros de guerra” que Julio César, y se compara con éste en tanto autor, ya que, a pesar de haber tenido el romano “extremados cronistas... para escribir sus hechos”, no se contentó con lo que escribieron de él y él mismo “hizo memorial en sus *Comentarios* de todo lo que por su persona guerreó” (Díaz del Castillo/Sáenz, 1984).

El siglo XVII fue testigo de dos maneras distintas de observar a nuestro cronista. Mientras, en su *Monarquía Indiana*, el franciscano fray Juan de Torquemada cita a Bernal como “soldado de autoridad y verdad” (libro IV, cap. II: 6), el cronista oficial Antonio de Solís discute, en su *Historia de la conquista de México* (publicada en Madrid, en 1684), la veracidad de la *Historia verdadera*:

Pasa hoy por historia verdadera ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de su estilo para parecerse a la verdad y acreditar con algunos la sinceridad del escritor: pero aunque le asiste la circunstancia de haber visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de pasiones... andan entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambición (Solís, 1986: 27).

Si bien es cierto que Herrera y Tordesillas (*Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y Tierra Firme de la Mar Océano, 1601-1615*) y Antonio de Solís adaptaron o incorporaron parte del manuscrito de Bernal en sus propias obras —el primero citando al autor—, ninguno se interesó en las reivindicaciones del mismo. Es más, Solís le critica su intento de legitimar la Verdad con la rudeza de su estilo y las quejas que vierte contra Cortés; recrimina que se atreva escribir alguien nacido para obedecer. Tanto el estilo combativo como la lejanía de la retórica historiográfica oficial

condenaron a la *Historia Verdadera* prácticamente al olvido, hasta fines del siglo XIX, cuando autores, como William H. Prescott, consideran que el de Bernal es “un buen criterio sobre la moral de los actores” (1970: 187 y 303) y recuperan su obra como una de sus fuentes principales, definiéndola como “uno de los más singulares libros que puede ser hallado en cualquier lengua”.

En el siglo XX, el texto y su autor fueron ampliamente estudiados. En el prólogo a su edición de la *Historia Verdadera de la conquista de la Nueva España*, Carlos Pereyra se concentra en la perspectiva del escritor y en el valor literario de la pieza. Ramón Iglesia (2000) analiza la obra desde el año de 1935, y tiene una variada opinión que abarca tanto la fuerza descriptiva y la gracia de la narración —en la que destaca que el agente principal de la epopeya es la masa y no el caudillo— como la definición del carácter del soldado: bullicioso, insatisfecho, pleiteante, envidioso y quejica, y de su obra, producto de una pluma inexperta, de estructura dispersa y llena de pasajes confusos (González, 1976: 538). De este modo, Iglesia se distancia de la imagen difundida por Genaro García, en 1904, de un Bernal “reposado y tranquilo, que visita sus indios y acaricia recuerdos, que rompe su quietud con gesto de Quijote para volver por la gloria que Gómara pretende arrebatarles a él y a sus compañeros” (Iglesia, 2000: 139-150).

Henry R. Wagner (1945) sospechó de las afirmaciones de Bernal y Eberhard Straub lo acusó de plagiar a López de Gómara. Más recientemente, José Joaquín Blanco (1989: 90) opina que “La historia verdadera de Bernal no lo es tanto: miente a veces, para protegerse a sí mismo y a sus compañeros, pero es más veraz que las relaciones de Cortés, en parte porque escribe desde sus recuerdos, cuando el tema es menos peligroso, y en parte porque tiene menos que defender. Cortés quería un virreinato; Bernal apenas pide unos pueblos”.

Aunque en tiempos recientes, varios círculos académicos discuten si la *Historia verdadera* debe ser considerada historia, memorial o crónica, interesándose por la forma literaria del relato y los elementos de verdad contenidos en él, a Bernal Díaz del Castillo se le ha considerado parte del grupo de autores con que nace la Historiografía Hispanoamericana (Barbón, 2005); por ello es necesaria su revisión y reflexionar al respecto. Precisamente, aquí se analizará algunos de los elementos que permitieron la escritura de este importante referente para la historia americana, pero antes se revisará la forma en que se construyó la *Historia verdadera*.

#### LA TRAMA DE UNA OBRA COLONIAL Y SU EDICIÓN

La forma en que se construyeron textos coloniales y el proceso que siguieron para su publicación ha sido del interés de destacados estudiosos. El siglo XVI bien podría considerarse uno de los más complejos en este asunto, dadas las diversas dificultades que, en este contexto temporal, enfrentaron autores como fray Andrés de Olmos, Cervantes de Salazar o el mismísimo Bernal Díaz del Castillo, quien no vio publicada su *Historia*. En el caso del militar y cronista, al trabajo pionero de Sáenz de Santamaría (1951, 1956a, 1956b, 1966, 1982, 1984) se le han sumado los análisis de Seres (1991), Leonetti (2008) y Delgado (2009), por mencionar algunos.

La obra nos ha llegado a través de tres testimonios: el llamado “manuscrito Remón”, el manuscrito “Guatemala” y el manuscrito “Alegría”. El manuscrito que Bernal envió a España, en 1575, para su revisión y posible publicación está desaparecido, pero existe la edición publicada en Madrid en 1632, a cargo del mercedario Alonso Remón. Sáenz de Santamaría atribuye las que llama “interpolaciones mercedarias” a fray Gabriel Adarzo y Santander, mercedario sucesor de Remón, quien terminó de editar la *Historia verdadera*. Las modificaciones van dirigidas a hacer más notoria la presencia de la Orden de la Merced en el proceso de la Conquista, distinguiendo a su protagonista principal: fray Bartolomé de Olmedo (capellán del ejército de Cortés). Además de este interés por parte de los mercedarios, debe valorarse la importancia que tenía presentar, en el siglo XVII, una nueva historia “verdadera” de la conquista, que desacreditaba principalmente a Francisco López de Gómara y también a Jovio e Illescas. Esta última intención queda clara, desde las primeras líneas, en la edición de 1632 de la *Historia verdadera* y está más diluida en el manuscrito Guatemala, donde Gómara no es mencionado sino hasta el capítulo XIII (Díez-Canedo, 2012: 334).

El manuscrito “Guatemala” muestra un largo proceso escriturario, pues contiene tres caligrafías distintas; una de ellas, de Bernal, tachaduras y correcciones de índole y épocas diferentes, así como folios renovados por los descendientes de Bernal. En 1840, José Antonio Larrave encontró el manuscrito y lo entregó al Ayuntamiento de la ciudad de Guatemala; en 1904, Genaro García lo publicó por primera vez en México, gracias a la intervención diplomática de Joaquín García Icazbalceta, Francisco del Paso y Troncoso, Alfredo Chavero, José María Vigil, José María Ágreda y Francisco Sosa, conservando la ortografía, rasgos y puntuación originales. Este manuscrito contiene algunas diferencias con respecto a la edición Remón. El tercer documento, de principios del siglo XVII, es una copia en limpio del manuscrito “Guatemala” —mandada a hacer por el hijo de Bernal—, con algunas diferencias. Perteneció al

bibliófilo murciano José María Alegría, cuyos herederos lo cedieron a la Biblioteca Nacional de Madrid, donde hoy se puede consultar.

La complicada transmisión del texto de la *Historia verdadera* se puede verificar en Leonetti (2011: 45-114), quien investiga el análisis y la tipología de las variantes. Ahora bien, es importante mencionar que las modificaciones en los tres testimonios son ejemplo de un proceso de escritura relacionado con la voluntad del autor, la de sus familiares y editores tempranos (mercedarios), enmarcados en contextos específicos, sin cambiar por ello el propósito de la *Historia* —buena parte en forma de alegato—, la personalidad de Bernal —que ocupa un primer plano— ni la información que abona al conocimiento de hechos y procesos históricos fundamentales del primer siglo de presencia española en América.

Los motivos de la publicación tardía de la *Historia verdadera* deben pensarse en función de procesos de edición, criterios ecdóticos aceptados en la época y circunstancias de los manuscritos, pero, sin duda, pudo haber influido también el tono directo de Bernal cuando reclama que le sean compensadas las encomiendas e indios de los que había sido despojado. La búsqueda de recompensas, reconocimiento y fama —valores propios de una mentalidad caballeresca medieval—, no obstaculizaron la pretensión de la *Historia* de dejar memoria de los hechos, desde la visión presencial-retórica —y no de oídas—, y, claro, otorgarle un valor utilitarista, al dejarla como herencia a sus descendientes.

Es evidente además que, si bien la conquista de Nueva España es el tema principal de la *Historia* (ocupa cerca de 150 capítulos) en que destacan los méritos y la personalidad de los principales soldados, capitanes y otros que participaron junto con Cortés, al decir: “que ahora se descubran y se vean muy claramente nuestros heroicos hechos y quiénes fueron los valerosos capitanes y fuertes soldados que ganamos esta parte del Nuevo Mundo y no se refiera la honra de todos a un solo capitán” (CCV), la obra se torna testimonio de la organización de la vida política novohispana hacia mediados del siglo XVI. Para Díez-Cañedo (2012: 337), a la hora de escribir su historia, en la que se muestra el resentimiento de los conquistadores hacia Cortés por no haberlos retribuido como ellos esperaban, Bernal quizá tuviera en mente la figura del “procurador”, recopilador y portador de memoriales de otros.

Actualmente existen varias ediciones de la obra de Bernal; entre ellas destaca la versión *Guatemala* con la que trabajaron Carlos Pereyra (1928) y Joaquín Ramírez Cabañas (1944). Miguel León-Portilla desarrolla, por su parte, una edición (1984) que funda los manuscritos madrileño y guatemalteco, siguiendo el trabajo realizado por el

jesuita Carmelo Sáenz de Santa María. Además, con la edición de José Antonio Barbón Rodríguez (2005), que contiene un minucioso y documentado estudio que restaura y reconstruye el texto, y la publicada por la *Biblioteca Clásica de la Real Academia* (2011), con estudio y notas de Guillermo Serés, ambas ediciones basadas en el texto conservado en el manuscrito “Guatemala”, se ha logrado un conocimiento notable de la *Historia verdadera* y su autor.

#### CRÓNICAS DE INDIAS Y SU PROCESO DE ESCRITURA

La conquista de América se apoyó en la espada, la cruz y la escritura. Paralelamente al establecimiento violento de los europeos, se desarrolló un correlato discursivo inaugurado por el *Diario* de Cristóbal Colón y extendido a diferentes géneros (epistolar, crónica, etcétera) que ocuparon a sujetos de variado perfil. América fue (d)escrita por individuos que la habitaban o no, dando cuenta de hechos y situaciones observados y narrados por el crisol de intereses políticos, religiosos o de reivindicación de posiciones individuales. Esta práctica dio origen a una historiografía basta e interesantísima. La crónica de Indias es parte de esos esfuerzos occidentales para dar cuenta de victorias, derrotas, obstáculos, beneficios, sueños y esperanzas presentes en el “nuevo” suelo. Su origen puede datarse en las postrimerías del siglo XV, momento de los primeros viajes hacia el oeste del Mar-Océano, y sus últimos alientos bien podrían ser vinculados con el exilio jesuita, a fines del siglo XVIII.

Las interpretaciones sobre la naturaleza moral de los americanos y las características geográficas que la enmarcan, presentes en las Crónicas de Indias, han sido objeto de polémicas y objeto de reflexión teórica. Varios han sido los ángulos desde los cuales se les ha abordado; entre ellos, una visión positivista que sólo extrae citas de esos documentos para confirmar o no postulados, no pocas veces con fines nacionalistas, como lo menciona Bustamante (1990: 237), sin comprender su contexto de procedencia; una vertiente que establece sistemas de interpretación de la historia y lo americano, a partir de concepciones de lo maravilloso, lo mágico o lo mítico; y, más recientemente, una importante exégesis abstracta sobre las noticias dadas en esos documentos, en detrimento de lo transmitido por ellos: se pasa del estudio de las fuentes a la reflexión teórica que intenta analizar cómo se construyeron y cómo se comunicaron (Rodríguez, 2010), procurando comprender a América no tanto como una entidad susceptible de interpretación, sino como una realidad histórica que contó hechos fundamentales.

El “nuevo mundo” abrió el espacio epistemológico y sobrellevó el gran desafío de dar forma a experiencias extremadamente novedosas. Se trató de resolver la incursión de América al horizonte europeo, otorgándole pasado, presente y futuro, es decir, construyéndole una identidad. Hacerlo reunió tradiciones discursivas procedentes de la jurisprudencia o el ámbito científico, junto con otras de raigambre ficcional, como las novelas de caballerías, los libros de viaje o géneros estrictamente vinculados con la comunicación oral: el romancero y el refranero, por ejemplo. Kohut (2009) ha hecho un análisis detallado de los distintos modelos que recibieron los cronistas de Indias: A) Los modelos historiográficos prácticos que aportaban el corpus de la historiografía española del siglo XV; los historiadores grecolatinos que habían sido editados y traducidos por esos años, y el de la historiografía italiana renacentista. B) Los modelos teóricos desarrollados en los tratados de los humanistas italianos (Colluccio Salutati, Lorenzo Valla, Giovanni Pontano) y españoles (Fernán Pérez del Pulgar y Hernando del Pulgar). Tal como destaca Kohut, el aporte más importante es el pensamiento de Juan Luis de Vives, dado que recoge la herencia de la antigüedad clásica y la herencia italiana moderna. El humanista valenciano se ocupa de la historiografía, diferenciando entre poesía e historia, frontera entre los tiempos míticos y los tiempos historiables. Vives previene sobre la mezcla de verdad y mentiras en los relatos históricos y sobre el estilo bárbaro utilizado por los historiadores anteriores —medievales—; en la misma línea de pensamiento, considera subordinadas a la retórica tanto la historia como la poesía.

La validez de ese conjunto de saberes, que en todos los casos eran anteriores a la concepción de los textos, se transmitió a partir de las formas textuales vigentes que aportaron sus procedimientos y, a la vez, produjeron cambios de perspectiva y desarrollaron nuevas prácticas escriturales (Chicote, 2012). Aun así, ese arsenal en las espaldas no era suficiente. No se trataba sólo de acomodar palabras antiguas a las nuevas concepciones historiográficas, como cuadros en la pared, para dar cuenta de lo desconocido. También era necesario dar validez a los hechos que se narraban. Las formas de hacerlo fueron dos: ser testigo presencial de los acontecimientos o mencionar lo que un observador “avalado” había visto. En todo caso, la redacción basaba buena parte de su credibilidad en lo empírico, aunque evidentemente el cronista occidental no miraba con nuevos ojos ni narraba despojado de modelos. Por lo contrario, su escritura se desarrollaba dentro de márgenes bien conocidos, a veces entremezclados: el discurso legal y forense, el discurso bélico, el discurso bíblico y escatológico, el relato de viaje, las novelas de caballerías, incluso ciertos tópicos o

motivos de la épica, conforme a un ideal historiográfico específico que, para el contexto español, encontró en *Del arte de hablar*, de Juan Luis Vives, un modelo muy difundido. Las crónicas de la Conquista de México, además de narrar lo nuevo que provocó una crisis historiográfica, mostraron el orden colonial, con sus juegos poderes, reacomodos y rupturas.

Hacerlo requirió legitimar la enunciación, convocando a la verdad en la escritura. El saber se construía a partir de letras y (testimonios de) experiencia, pero en ocasiones en fórmula antitética. Fernández de Oviedo, por ejemplo, no renunció a la realidad contenida en el conocimiento libresco, pese a que varios indicaran con claridad que no era cierto lo referido en él. El discurso de lo verdadero se acentuó en soldados y testigos (Hernán Cortés, Bernal Díaz del Castillo, Gonzalo Fernández de Oviedo, Bartolomé de las Casas y más), a partir de la primera persona como enunciativa. La insistencia en acudir a lo “real” en las crónicas de la conquista —actualmente consideradas discursos narrativos—, evitando la trampa de la antítesis ficción-historia (Cortínez, 2000; Estrada, 2009), buscaba usar los textos para el reclamo, el testimonio o la construcción de la memoria.

Cuando se elige una parte de la experiencia para traducirla en escritura y memoria, lo real se presenta como preexistente al texto, como lo verdadero que habilita y justifica la comunicación. En este momento de la historia de Occidente, la noción de lo real y la representación se están modificando, de la mano de los cambios en la noción de experiencia. Al respecto, Maravall (2001: 376) afirma:

Como hombre de la época, este español del siglo XVI que pasa a América, que posee, ante las nuevas cosas que presencia, tantos motivos para dudar del testimonio tradicional, para rebelarse contra el principio de autoridad en la ciencia, para estimar su tiempo sobre los antiguos, proclama ya como principio del saber la experiencia. La experiencia supone no sólo la autoridad de los hechos, sino la confianza en aquel que los contempla. Los escritores americanistas del siglo XVI que cuentan al resto de los europeos lo que en aquellas nuevas tierras presencian, aducen con propio orgullo el título de su experiencia personal.

Existe una relación intrínseca entre vista, experiencia, escritura, verdad e historia. Uno de los primeros cronistas en que se encuentran presentes los elementos señalados es Gonzalo Hernández de Oviedo, a quien se menciona en el manuscrito Remón una sólo vez (cap. XIII) y de cuya obra se hicieron dos ediciones: 1535 y 1546. En el Proemio de la edición de 1535 (p. 9), escribe Oviedo:

Será a lo menos lo que yo escribiere, historia verdadera e desviada de todas las fábulas que en este caso otros escritores, sin verlo, desde España, a pie enjuto, han presumido escribir con elegantes e no comunes letras latinas e vulgares, por informaciones de muchos diferentes juicios, formando historias más allegadas al buen estilo que a la verdad de la cosa que cuentan; porque ni el ciego sabe determinar colores, ni el ausente testificar estas materias como quien las mira.

Además, es preciso recordar que Oviedo advierte de la “malicia de algunos historiales”, y se queja —sin dar nombres— de personas que han “hurtado”, remendado y mudado las palabras de lo que él había escrito en sus tratados (Oviedo, t. v, cap. xxx; 417). En el mismo tenor, se expresa Las Casas, en el Prólogo a la *Historia de las Indias*, escrito en 1552 (p. 5): “las historias... no siendo con verdad escritas podrán ser causa de muchos males [y que] deben ser vistas, escudriñadas y limitadas antes de ser aprobadas para su publicación. El interés de Bernal, entonces, no es exclusivo ni original. El requerimiento de la presencia de los hechos narrados está presente incluso en letrados. Demetrio Ramos sugiere una posible relación, probablemente a través de Zorita (que también fue oidor en Nueva Granada), entre Bernal y Jiménez de Quesada, el conquistador de Nueva Granada, autor del Epítome de la conquista de Nueva Granada que cita Gómara y fuente de Oviedo. A diferencia de Bernal, Jiménez de Quesada era licenciado además de conquistador; como cronista trató al cosmógrafo real Pedro de Mejía y a Gonzalo Fernández de Oviedo, y parece ser que a través del primero conoció la obra de Giovio. Su desacuerdo con la manera en que éste relataba los hechos, “al revés de lo acontecido”, quedó expresó en los mismos términos que utilizó Bernal para contradecir a Gómara, en su original obra titulada *El antijovio*. A esto se suma el hecho de que, al igual que Bernal, Jiménez de Quesada presenta juntos a Jovio e Illescas en su crítica (Ramos, 1972: 207).

La *Historia verdadera* desarrolla un tipo de realidad que se opone a lo imaginario y a lo aparente por dar cuenta —en el discurso— de lo tangible o lo fáctico, a partir del rol del sujeto como individuo que expresa otras experiencias y actualiza el pasado en un relato de viaje (de España a América; de las Islas al Continente; de las costas mesoamericanas a su centro, y de éste a las varias fronteras). La aspiración a la verdad basada en la experiencia está íntimamente relacionada con el transito histórico de la empresa que se relata. La narración implica la ocupación del espacio a conquistar, que no pocas veces se presenta con brutalidad, siendo una de sus señas más importantes el cuerpo de los combatientes. Estos últimos, además de ser prueba del enfrentamiento con la novedad, están ahí, en el cuerpo y en el relato, para evitar la geografía del olvido

(Rodríguez, 2010). Las referencias a las marcas, cicatrices y huellas que la conquista ha dejado funcionan como índice de lo vivido, logrado, sufrido; es la “escritura corpórea” (Glantz 1992). Los aproximadamente ochenta soldados, entre quienes estaban Bernal, Pedro de Alvarado y Luis Martín, llegaron a México a principios de 1527 “muy destrozados”.

Es desde la vejez, con la memoria llena, desde donde se enuncia el texto. La vejez, que anuncia la muerte, hace de ésta una de las principales protagonistas de su historia. Bernal no desea morir, pretende no ser olvidado, y para ello enuncia la muerte de sus compañeros. La muerte atraviesa toda la *Historia verdadera*: como motivo, como temor, como asombro o recuerdo u oficio. La muerte del enemigo en batalla; el espanto ante la muerte mesoamericana: la “crueldad feroz y antinatural” de los tlaxcaltecas contra los mexicas o la muerte ritual, en el sacrificio. La muerte inscrita en las paredes de los templos; los compañeros muertos y el relato como mandato para el sobreviviente: “Es gracias a Nuestro Señor Jesucristo que me escapó de no ser sacrificado a los ídolos e me libró de muchos peligrosos tranzes para que agora aga esta memoria e relación” (Díaz del Castillo, cap. CCVI). Muerte, maravillas, triunfos, derrotas, nostalgia atraviesan esta historia verdadera, una de cuyas funciones es ser testamento.

Escritura y experiencia se funden en un lugar de enunciación. La recurrencia de índices, deícticos y remembranzas en primera persona conforma el saber y reclama un nuevo estatuto para la escritura del letrado *no docto*: la verdad de lo real tangible o verificable como pasado; el *realismo* de una textualidad que se afirma en la supuesta representación de lo real para legitimarse, a partir de cuatro dimensiones: la afirmación por parte del narrador-cronista de estar representando la verdadera historia (y que presupone dar acabada cuenta de lo real, en la polémica trama que la articula); la recurrencia del detalle anecdótico o “minucia” (para usar un término de la época), tanto en su ilusión referencial como en su significación de lo real; la pregnancia de las imágenes, en especial de batallas y enfrentamientos varios, y el lugar de la narración en la conformación de un discurso histórico, memorialista y reivindicativo (Añón, 2013).

El lugar de enunciación es el de la primera persona; el yo que se encuentra con la novedad: otro, inesperado, inverosímil, y que para narrarlo se debe acudir al relato de viaje y a las novelas de caballerías. Confusión y heterogeneidad invaden los sentidos de los testigos, por lo que en el proceso de construir el relato abundan las reducciones, las asimilaciones y las analogías para que su destinatario (lector-escucha) satisfaga su curiosidad. El “Yo” del que se habla aquí se alimenta del modelo agustiniano de la confesión, de la preocupación de anotar día a día lo que un buen administrador ha de

conservar para sí mismo y para los suyos, y, claro, del registro de los hechos memorables en el mundo y en torno suyo. Lo que está en juego es toda la densidad del “Yo”. Pero no todo el proceso es lineal hacia la individualización de lo escrito-leído. La permanencia de lo retórico colectivo puede comprenderse mejor no sólo como mecanismo frecuente de comunicación de la época, sino como un tipo de nostalgia del intercambio comunitario.

Es el “Yo” el que emerge en la escritura. Muy adelantada la Edad Media se produce una multiplicación de las instancias poéticas que establecen nuevos deslindes del territorio individual. Preocupación por definir al individuo, y ello por medio de una fórmula casi invariable que, a partir de 1300, inaugura la mayor parte de los prólogos del género de Crónicas: Pronombre de la primera persona, seguido de nombre propio y sobrenombre, título y calidad que sitúan socialmente al que habla, y verbo que indica acto de escribir. A la individualización del escritor, se añade la insistencia sobre la autenticación del testimonio. Memorias y Crónicas hacen entrar con más precisión, en la representación del Yo, los elementos de la duración vivida personalmente. La vivencia personal del tiempo, como motor de la escritura, es un hecho importante en textos como los mencionados. Más que el olfato y que el gusto, la vista se halla implícitamente reconocida como el sentido más indispensable. Paralelamente a los escritos del tiempo vivenciado, se toma conciencia del tiempo, es decir, la presencia obsesiva de su vivencia.

Los conceptos de Realidad y Verdad se vinculan con el criterio de haber visto —o no haberlo hecho—, para el caso del primero, y con lo que se está dispuesto a creer, para el segundo. Aquí destaca el esfuerzo de Bernal por desarrollar la idea de verdad a partir de la precisión de inexactitudes, falsedades y mitos en torno a la conquista y los conquistadores que se encuentran en Gómara. Niega la aparición de los apóstoles Pedro y Santiago para ayudar a los conquistadores en las batallas. Dice Bernal que él mismo, a pesar de haber participado en la contienda durante horas, no pudo verlo ya que “como pecador, no fuese digno de verlo”.

Y a pesar de todo ello, bien podría considerarse que la *Historia verdadera* tiene una dimensión colectiva en más de un sentido. Mucho de lo contado por Bernal son anécdotas que involucran a otros o son de ellos, siendo el cronista un testigo y relator. En cuanto a la construcción de la obra, apunta Díez-Canedo (2012), no se sabe quiénes fueron los dos licenciados que leyeron su escrito y le plantearon dudas y sugerencias que lo llevaron a explicar temas no suficientemente tratados o inexplicables desde la

perspectiva testimonial de la historia (aquellos sucesos en que Bernal no había estado presente).

Como toda obra, la *Historia* no está aislada de su presente ni le faltan al autor obras fundamentales. *Bernal conoció textos publicados en su tiempo, relacionados con el descubrimiento y la conquista, como la Brevisima relación*, de fray Bartolomé de Las Casas, y probablemente otros escritos del dominico. Él dice haber leído “la Destrucción de Jerusalén” (CLVI) y una historia de la conquista y pacificación de Guatemala, de un vecino de Guatemala llamado Gonzalo de Alvarado (CLXIV). Su paso de conquistador a colono le otorgaría otras experiencias que le permitieron conocer a destacadas personalidades (como Alonso de Zorita), escribir (informes de méritos, probanzas, memoriales, cartas, entre otros textos) a quienes en varias ocasiones le dieron respuesta y fortalecer la memoria y ejercitar la escritura.

La obra de Bernal es también la historia de un colectivo que encuentra su voz en ella. En buena medida, la *Historia* es un producto de oposiciones (Bernal-Gómara, Bernal-Cortés, etcétera), en que el grupo de conquistadores se opondría al que sin pelear se ha beneficiado de la empresa de Conquista. En los títulos de los capítulos y al interior de éstos, destaca la voz “nosotros” implicando el colectivo. La primera persona del plural significa una reivindicación de grupo. Intereses individuales y colectivos de militares que conocían los alcances de un escrito se combinaron ante el poder del monarca.

El autor escribe sobre sí, con base en la experiencia de otros y para un público específico. Antes de pasar a los trazos de la escritura, la obra existió como narración oral. La palabra liberada por los labios y el oído que la recibe jugaron un papel fundamental en la difusión de las aventuras de los compañeros de armas. El texto comparte lo individual y lo colectivo. La memoria social se encuentra presente, y es la sociedad, a partir de ella, la que decide qué recordar. Los hábitos mentales y las obligaciones sociales sensibilizan al autor de la *Historia verdadera* con respecto a la ideología del bien común. Más que contradicción es complemento de la experiencia de la época: se propone la *utilitas* para todos, al decir que la Conquista no fue obra de un solo personaje por decisivo que haya sido, y la *commoditas* de los particulares, sea quien fuere el que pretendía beneficiarse con la obra (Bernal o Cortés). La vida privada, en los aspectos más personales que componen al individuo, se basa en círculos de memoria donde los elementos adquiridos, fruto del estudio y la experiencia, vienen a añadirse a la transmisión oral del grupo.

La efectividad de la comunicación se basa en el uso de alusiones y frases que sirven como recursos para hacer inteligible lo inédito de la experiencia protagonizada y

contada, y también como ornamento —matices literarios— en obras de innegable intención noticiosa. Destacan, en este contexto, los romances que cuentan entre el auditorio o lectores de una gran receptividad, y el hecho de que, como bien ha señalado Menéndez Pidal (1953: 228), Díaz (por ejemplo en capítulo CXLV) prosificara los versos, integrándolos al discurso histórico, en una acción que desarrollaron muchos de los cronistas para comunicar las experiencias vividas: bien podemos decir, con seguridad, que un copioso romancero pasó a América en la memoria de aquellos que tripulaban las naves descubridoras y en el recuerdo de cuantos después allá fueron (1953: 226).

Chicote (1998 y 2012) ha desarrollado la forma en que se establece posibles diálogos con otros textos históricos y ficcionales, y destaca lo poco productiva que resulta esta distinción. También los refranes tiene cabida en el texto bernaldiano; por ejemplo, el que aparece en boca del narrador: “que, como dice el refrán, quien acomete, vence” (capítulo IV), o el que sirve para conectar las acciones de los conquistadores con episodios y protagonistas de la historia universal; se pone en boca de Cortés una sentencia asociada con la figura de Nerón: “Oh, quién no supiera escribir para no firmar muertes de hombres” (capítulo LVII).

La preocupación por transmitir “la verdad” se apoya en menciones literarias y exceso de detalles, por lo menos en el caso del cronista soldado. De los libros de caballerías, destaca el *Amadís de Gaula*, como se aprecia en el capítulo LXXXVII, cuando

las tropas españolas se encuentran en las proximidades de Ixtapalapa ya a la vista de México; Bernal Díaz, deslumbrado ante el espectáculo de “tantas ciudades y villas pobladas en el agua, y en tierra firme otras grandes poblaciones”, recuerda el comentario general que circulaba entre los soldados: “Decíamos que parecía a las cosas y encantamientos que cuentan en el libro de Amadís” (Chicote, 2012: 69).

Para la escritura de la historia docta, el detalle es un error. En el prólogo a su *Historia de la conquista de México*, Francisco López de Gómara dice: “El romance que lleva es llano y cual agora usan, la orden concertada e igual, los capítulos cortos por ahorrar palabras, las sentencias claras aunque breves. He trabajado por decir las cosas como pasan” (1988: 3). Orden, brevedad y concisión parecen ser los elementos que darían identidad a este tipo de escritura histórica oficial, que persigue la “verdad histórica” con base en ciertas reglas retórico-argumentativas. Es evidente que Bernal, “iletrado”, no se acercaría a las formas establecidas como correctas, en aras del discurso auténtico. Al contrario, el soporte mismo de la verdad bernaldiana es el detalle concreto, el “haber

estado allí”, lo que da un valor agregado, lo que permite polemizar con quienes escriben “sin estar ahí”. El detalle da efecto de realidad. Por supuesto, lo verosímil está asociado con ciertas normas sobre la representación (Barthes, 1994) en la que participan, en este caso, lo fantástico y lo posible, categorías cuya reflexión ha propiciado América. Mayer (1994: 95) explica que en los siglos XVI y XVII “el concepto y función del ‘detalle’ estaba siendo objeto de una revisión, y que ésta acarrea problemas de diverso tipo: no sólo narratológico sino también retórico, de poética histórica, metodológico, etcétera”.

#### COLOFÓN: DEBATE, ESPACIO PARA DEFINIR Y DEFENDER LA HISTORIA

*Crónica de la eternidad*, de Christian Duverger (2013), ha provocado diferentes lecturas y animado un intenso debate. Su recepción podría dividirse de dos maneras: la contenida en medios públicos amplios (periódicos) y la presente, en el espacio académico (revistas, seminarios). La evaluación comunicada en estos lugares discursivos es distinta. Mientras que, en el primero (*El País*, *La Jornada*, *L'Express*, etcétera), por lo general se valora positivamente el trabajo del francés, en el segundo abunda el rechazo a la tesis de que fue la pluma de Hernán Cortés, y no la de Bernal Díaz del Castillo, la que escribió *La Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Para considerar si lo expuesto por el escritor galo constituye o no un aporte historiográfico, afirmaciones, negaciones, reflexiones iniciadas por Guillermo Serés (*El País*, 21 de febrero 2013), continúan en diferentes medios, entre los que destacan la revista *Nexos* (abril y junio) y las jornadas académicas *El “historiador” de lo inverosímil. Para acabar con la impunidad de Duverger*, parte del seminario Repensar la Conquista de México que lleva diez años proponiendo y desarrollando opciones para observar y analizar discursos historiográficos sobre ese proceso fundador para la historiografía americana.

Argumentos varios expuso Duverger para sustentar su teoría: la inexistencia de Bernal Díaz del Castillo en la mirada de sus contemporáneos; la imposibilidad de su omnipresencia en los hechos que describe; la dudosa conservación de tantos recuerdos en un anciano de más de 80 años y la afirmación del mismo Bernal de ser “iletrado”. A la vez que deconstruye la figura del cronista, Duverge edifica una imagen casi idílica de Cortés, quien en un juego de maestro habría impedido la censura colonial por ser autor no sólo de las *Cartas de Relación*, sino de dos textos fundamentales para el estudio de la imposición española en el México antiguo: la *Historia verdadera de la Conquista de la*

*Nueva España e Historia de la conquista de México*, atribuidas a Bernal Díaz del Castillo y Francisco López de Gómara, respectivamente.

Las críticas no se hicieron esperar. Sentado en el banquillo de los acusados, el antropólogo recibió los cargos: tesis desorbitada, prejuicioso, apriorístico, ignorante, insensato, clasista, por mencionar los relacionados con la moral académica. Metodológicamente, para el biógrafo de Cortés, los errores señalados inician desde el momento en que no es historiador; no trabaja archivos, tergiversa y manipula información; selecciona fuentes que apoyan su hipótesis; no consulta materiales imprescindibles; no conoce la historia general de los siglos XV y XVI, y más precisamente del periodo comprendido de la conquista; el estilo con que presenta su trabajo está más cercano a la novela policíaca, y básicamente porque lo que presenta como Historia es ficción (literatura).

Las debilidades metodológicas del autor francés hacen decir a sus críticos que sus libros “no son la vanguardia parisina en materia de historia; al contrario, y es la opinión de la mayoría de los investigadores que los han leído con detenimiento, huelen a rancias ideas decimonónicas mal recicladas” (Rozat y Pantoja, 2013). Además, comete el pecado de cualquier interesado que desea desarrollar académicamente una biografía: la apología. Es curioso, sin embargo, que los supuestos teóricos no hayan sido mencionados, cotejados y/o analizados en la misma magnitud que la metodología, lo que bien podría decir mucho de la forma en que se ha trabajado la escritura de la Historia en varias latitudes: muchas fuentes, con el archivo a la cabeza, extensa descripción, poco análisis y un débil soporte teórico, si no es que inexistente. Así, el debate ha servido, sin ser su intención, o no la principal, para exponer la forma en que se acepta escribir Historia.

En un tema histórico como éste, no sorprende la recuperación de argumentos del pasado para fundamentar posiciones, pero no dejan de resultar significativos algunos usos presentes sobre el pasado. Entre otros puntos, León-Portilla afirma que Duverger se equivoca porque “contradice lo reconocido por más de 450 años”. José Joaquín Blanco, por su parte, sospecha que el autor “aspira reencarnar a O’Gorman y sus manías motolinistas, ahora con Cortés como etiqueta”. Se está ante la justificación de una tradición historiográfica y, claro, la negación de otra que, cabe mencionar, Duverger está lejos de representar.

Resulta interesante conocer también algunas de las razones que motivaron la revisión de los textos de Duverger:

nuestra protesta proviene del hecho de que entre todas las obras que puede tener a su alcance un joven en formación en Francia, los libros de Duverger son sólo unos de tantos y por lo tanto puede escoger sus lecturas. Pero en México, un país donde la producción sobre el “Momento-Conquista” es más bien escasa y dominada por una sola corriente historiográfica, la llegada de libros como los de Duverger, presentados como una alternativa a ese déficit, apoyados por un enorme ruido mediático que así lo proclama, se transforma en un serio problema académico que hemos decidido enfrentar firmemente y en público (Rozat y Pantoja, 2013)

Tal vez, valdría la pena recordar que el objetivo expreso del autor francés no es la academia, sino lo que él llama el “gran público”; aunque eso, por supuesto, no lo exenta de la calidad y seriedad que debería haberle impreso a su trabajo; en este contexto, los críticos se vuelven defensores de una masa multiforme a la que intentan prevenir del embuste.

Finalmente, una afirmación tan contundente como la arriba citada, niega los esfuerzos de no pocos interesados, historiadores o no, en abonar la reflexión crítica de varios procesos que han contribuido al México contemporáneo, además de caer en una opinión eurocéntrica, por considerar que no se conoce lo producido en otras latitudes, asunto en que los académicos tienen una gran responsabilidad. Sin duda, Duverger ha propiciado un análisis introspectivo del grupo de los interesados por el pasado, y ha obligado a los especialistas a acercarse al conocimiento a sectores a los que no están acostumbrados a dirigirse. Si la práctica historiadora estuviera más preparada y dispuesta a comunicarse con amplios sectores, la defensa de éstos no sería necesaria.

#### REFERENCIAS

- ANGLERÍA, PEDRO MARTIR DE (1953). Epistolario, estudio y traducción, por López de Toro, J. En *Documentos inéditos para la Historia de España* (tomos IX-XII). Madrid.
- AÑÓN, V. (2013). Realismo, detalle y experiencia: acerca de la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo. *Revista de Estudios Latinoamericanos* (57), marzo, pp. 213-245.
- BARBÓN RODRÍGUEZ, J. A. (Ed.). (2005). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*. Edición crítica. El Colegio de México-Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).
- BARTHES, R. (1994). *El efecto de realidad*. En BARTHES R. (1994), *El susurro del lenguaje*. Traducción de C. Fernández Medrano. Barcelona: Paidós.

- BLANCO, J. (1989). *La literatura en la Nueva España. Conquista y Nuevo Mundo*. México: Cal y Arena.
- BUSTAMANTE, J. (1990). *Fray Bernardino de Sahagún. Una revisión crítica de los manuscritos y de su proceso de composición*. México: Instituto de Investigaciones Bibliográficas-UNAM.
- CAMELO, R., ESCANDÓN, P. (Coords.). (2012). *Historiografía mexicana. La creación de una imagen propia. La tradición española*. 2 vols. México: Instituto de Investigaciones Históricas- UNAM.
- CASAS, FRAY BARTOLOMÉ DE LAS (1951). *Historia de las Indias*. Edición de Agustín Millares Carlo y Estudio preliminar de Lewis Hanke. México: Fondo de Cultura Económica (FCE).
- CHICOTE, G. (1998). El romance en las Crónicas de Indias: nuevos mundos narrados con viejos textos. *Actas del IV Congreso Internacional AISO* (pp. 501–508). Universidad de Alcalá de Henares.
- \_\_\_\_\_. (2012). La literatura valida la acción: los géneros ficcionales en la prosa historiográfica de Bernal Díaz del Castillo. *Anales de Literatura Hispanoamericana* (41), pp. 61-79.
- CORTÍNEZ, V. (2000). *Memoria original de Bernal Díaz del Castillo*. México: OAK Editorial.
- DELGADO, Á. (2009). *La crónica imposible de Bernal Díaz del Castillo*. En SERES, G., SERBA, M. (2009). *Los límites del océano: estudios filológicos de crónica y épica en el Nuevo Mundo* (pp. 25-45). Barcelona: Bellaterra.
- DÍAZ DEL CASTILLO, B. (1984). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. 2 vols. Edición e introducción, Miguel León-Portilla. Madrid (Historia, 16).
- \_\_\_\_\_. (1985). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Prólogo, Carlos Perreyra. Madrid: Espasa-Calpe (Austral, 1274).
- (1992). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*. Introducción y notas, Joaquín Ramírez Cabañas. México: Porrúa (“Sepan cuantos...”, 5).
- (2005). *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España (Manuscrito Guatemala)*. Edición crítica, José Antonio Barbón Rodríguez. México: El Colegio de México-UNAM.

- DÍEZ-CANEDO, A. (2012). Bernal Díaz del Castillo. En CAMELO, R., ESCANDÓN, P. (2012), *La creación de una imagen propia. La tradición española*. Tomo I: *Historiografía civil* (pp. 325-344). México: Instituto de Investigaciones Históricas- UNAM.
- DORANTES DE CARRANZA, B. (1987). *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España*. Prólogo y apéndices de Ernesto de la Torre Villar. México: Porrúa.
- DURAND, J. (1953). *La transformación social del conquistador*. México: Porrúa y Obregón.
- DUSSELL, E. (1992). Crítica al mito de la modernidad. En *El encubrimiento del Indio: 1492*. México: Editorial Cambio XXI-Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública.
- DUVERGER, C. (2012). *Crónica de eternidad. ¿Quién escribió la Historia verdadera de la conquista de Nueva España?* Madrid: Taurus.
- ELLIOTT, J. (1990). *El mundo mental de Hernán Cortés, en España y su mundo 1500-1700*. Traducción de Ángel Rivero Rodríguez y Xavier Gil Pujol. Madrid: Alianza Editorial.
- ESTEVE BARBA, F. (1992). *Historiografía indiana* (2ª ed. corregida y aumentada). Madrid: Gredos.
- ESTRADA, O. (2009). *La imaginación novelesca. Bernal Díaz entre géneros y épocas*. Madrid/Frankfurt: Iberoamericana/Vervuert (Nuevos Hispanismos).
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, G. (1959). *Historia general y natural de las Indias*. 5 vols. Edición y estudio preliminar de Juan Pérez de Tudela Bueso. Madrid: Atlas (Biblioteca de Autores Españoles).
- FROISSART, J. (1949). *Crónicas*. Antología de E. Bagué, E. Barcelona: Labor.
- \_\_\_\_\_. (1978). *Historia general y natural de las Indias/Francisco de Xerez. Verdadera relación de la conquista del Perú*, edición facsimilar de la de 1547. Nota introductoria de Edmundo O'Gorman. México: Centro de Estudios de Historia de México-Condumex.
- GLANTZ, M. (1992). Ciudad y escritura: la ciudad de México en las Cartas de relación de Hernán Cortés. En GLANTZ, M. (1992), *Borriones y borradores. Reflexiones sobre literatura colonial. De Bernal Díaz del Castillo a Sor Juana* (pp. 45-59). México: Ediciones del Equilibrista.

- GONZÁLEZ, L. (1976). La pasión del nido. *Historia Mexicana*, XXV-4 (100), abril-junio, pp. 530-598.
- GRUNBERG, B. (2004). El universo de los conquistadores: resultado de una investigación prosopográfica. *Signos Históricos* (12), julio-diciembre, pp. 94-118.
- IGLESIA, R. (1986). *El hombre Colón y otros ensayos*. Introducción, Álvaro Matute. México: FCE (Obras de Historia).
- \_\_\_\_\_. (1990). Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés. Nota preliminar, José Luis Martínez. Prólogo, Juan Ortega y Medina. México: Consejo de la Crónica de la Ciudad de México.
- \_\_\_\_\_. (2000). Bernal Díaz y el popularismo en la historiografía española. Semblanza de Bernal Díaz del Castillo. En *Biblioteca Digital ILCE*. Recuperado de <http://bibliotecadigital.ilce.edu.mx/sites/fondo2000/vol2/19/htm/libro28.htm>
- JIMÉNEZ, N. (2001). *Francisco López de Gómara. Escribir historias en tiempos de Carlos V*. México: El Colegio de Michoacán-Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA)-Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA).
- KOHUT, K. (2009). Las primeras crónicas de Indias y la teoría historiográfica. *Colonial Latin American Review*, 18 (2), pp. 153-87.
- LAS CASAS, B. DE (1982). *Brevísima relación de la destrucción de Indias*. Madrid: Cátedra.
- LEONARD, I. (1979). *Los libros del conquistador*. México: FCE.
- LEONETTI, F. (2013). De nuevo sobre la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*: algunas reflexiones en defensa de la paternidad de Bernal. *eHumanista. Journal of Iberian Studies* (24). Recuperado de [http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/volume\\_24/Regular/ehum24.leonetti.pdf](http://www.ehumanista.ucsb.edu/volumes/volume_24/Regular/ehum24.leonetti.pdf)
- LÓPEZ DE GÓMARA, F. (1988). *Historia de la conquista de México*. México: Porrúa.
- LÓPEZ, E. (2010). *Las voces del otro: transculturación, escritura y resistencia*. En Cristóbal de Molina. *Relación de Ritos y Fábulas de los Incas* (pp. 153-197). Edición de Paloma Jiménez del Campo. Reproducción paleográfica de Paloma Cuenca. Coordinación de Esperanza López Parada. Madrid-Frankfurt: Iberoamericana-Vervuert.
- MARAVALL, J. (2001). *Estudios de historia del pensamiento español*. Tomo II: La época del Renacimiento. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI).

- MAYER, M. (1994). El detalle de una 'historia verdadera': Don Quijote y Bernal Díaz. En *H-Net. Humanities and Social Sciences*. Recuperado de <https://www.h-net.org/~cervantes/csa/articf94/mayer.pdf>
- MENÉNDEZ, R. (1939). *Los romances de América y otros estudios*. Buenos Aires: Espasa-Calpe.
- \_\_\_\_\_. (1953). *Romancero hispánico (hispano-portugués, americano y sefardí). Teoría e historia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- MENDIOLA MEJÍA, A. (1995). *Bernal Díaz del Castillo: verdad romanesca y verdad historiográfica*. México: Universidad Iberoamericana.
- MIGNOLO, W. (1982). *Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista*. En ÍÑIGO, L. (1982), *Historia de la literatura hispanoamericana*. Tomo I: Época colonial. Madrid: Cátedra.
- \_\_\_\_\_. (1995). Decires fuera de lugar: sujetos dicentes, roles sociales y formas de inscripción. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXI (41).
- MUÑOZ CAMARGO, D. (1984). *Relaciones geográficas del siglo XVI: Tlaxcala*. 2 vols. (Ed. de René Acuña). México: Instituto de Investigaciones Antropológicas- UNAM.
- PRESCOTT, W. (1970). *Historia de la Conquista de México*. México: Porrúa.
- RAMOS, D. (1972). *Ximénez de Quesada en su relación con los cronistas y el Epítome de la conquista del Nuevo Reino de Granada*. Sevilla: Consejo Superior de Investigaciones Científicas-Escuela de Estudios Hispanoamericanos de Sevilla.
- RODRÍGUEZ, J. (2010a). *¿Crónicas, historias, relatos de viaje? Acerca de los nuevos estudios coloniales hispanoamericanos*. En PASTORMERLO, J. (2010), *Actas del VII Congreso Internacional Orbis Tertius*. Universidad Nacional de La Plata.
- \_\_\_\_\_. (2010b). *Conexiones transatlánticas*. México: El Colegio de México.
- ROMERO, J. (2013). *Historiografía novohispana de tradición indígena*. México: Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM.
- ROZAT, G., PANTOJA, J. (2013). El historiador de la inverosímil. Para acabar con la impunidad de Duverger. *Actas del Coloquio "Miradas Historiográficas actuales sobre la Conquista Americana. El revisionismo en la obra de Christian Duverger"*. Recuperado en [http://issuu.com/guyrozat/docs/actas\\_duverger#](http://issuu.com/guyrozat/docs/actas_duverger#)

- SÁENZ DE SANTAMARÍA, C. (1951). Importancia y sentido del manuscrito *Alegría de la Verdadera Historia*. *Revista de Indias* (XI), pp. 123-141.
- \_\_\_\_\_. (1956a). Bernal Díaz del Castillo. Historia interna de su crónica. *Revista de Indias* (XVI), pp. 585-604.
- \_\_\_\_\_. (1956b). ¿Fue Remón el interpolador de la crónica de Bernal Díaz del Castillo? *Missionalia Hispanica*, XIII (39), pp. 561-567.
- \_\_\_\_\_. (1966). *Introducción crítica a la "Historia verdadera" de Bernal Díaz del Castillo*. Madrid: CSIC (reimpreso en las pp. XIII-XXXVII de la introducción a su edición crítica. Instituto "Gonzalo Fernández de Oviedo", Monumenta Hispano-Indiana: V Centenario del Descubrimiento de América. Madrid: CSIC).
- \_\_\_\_\_. (1984). *Historia de una historia. La crónica de Bernal Díaz del Castillo*. Madrid: CSIC.
- SERÉS, G. (1991). Los textos de la *Historia verdadera*. *Boletín de la Real Academia Española* (LXXI), pp. 523-547.
- \_\_\_\_\_. (2004). La crónica de un testigo de vista: Bernal Díaz del Castillo. En ARELLANO, I., PINO, F. DEL (2004), *Lecturas y ediciones de crónicas de Indias: una propuesta interdisciplinaria* (pp. 95-135). Madrid: Iberoamericana-Vervuert.
- SOLÍS, A. DE (1986). *Historia de la conquista de México*. Prólogo y apéndices de Edmundo O'Gorman). México: Porrúa ("Sepan cuantos...", 89).
- WAGNER, H. (1942). *The Discovery of New Spain in 1518, by Juan de Grijalva*. Berkeley: The Cortés Society.